

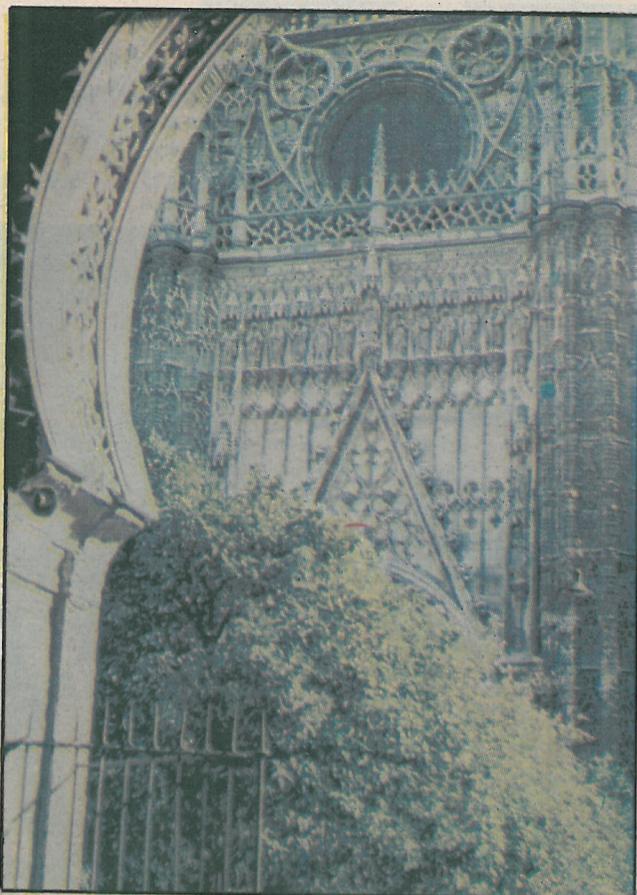
Texto y fotos de Patricio Rojas

Se dice que el califa moro Boabdil, al perder la guerra contra los cristianos y emprender la retirada final, se dio vuelta a mirar por última vez a su Andalucía querida y dio un suspiro de dolor. De un modo similar, los judíos sefarditas, esparcidos por el mundo por decreto de los Reyes Católicos, siguen viendo a España como una novia arisca, amada pero arbitraria, y aún hoy en día muchos conservan su lengua "ladina", que tiene harto más de castellano antiguo que de cualquier otra cosa. Felizmente, la diáspora dejó sus huellas no sólo en los idios sino también en lo dejado: al cabo de cinco siglos, la antigua mezcla de mundos sigue dándole a Sevilla aquel encanto que tanto cautiva a todo quien la conozca.

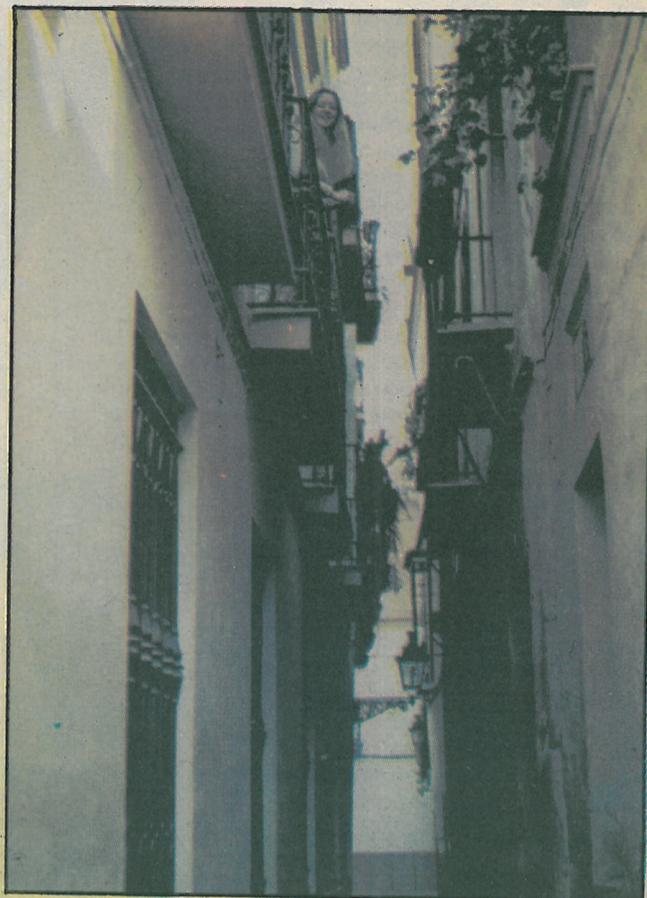
El antiguo barrio judío de Sevilla se llama, curiosamente, Santa Cruz. Es un barrio redondo e íntimo, con calzadas tan angostas que no han logrado pasar por ellas ni los automóviles ni el tiempo. Está poblado de casas blancas, con flores en los balcones y ventanas con hierro forjado por fuera y visillos de encaje por dentro. Muchas calles tienen nombres de cosas, lo que permite despedidas, como "hasta mañana a las cinco, en la esquina del Agua con la Vida". Otras tienen simplemente nombres de calles, lo cual también tiene su magia; el "Callejón del Beso" se llama así porque dos amantes, frente a frente en sus respectivos balcones, pueden besarse sin dificultad. Los árboles también hacen su parte; son en su mayoría naranjos, lo que impregna los paseos primaverales del aroma a azahar. En las afueras del barrio, las casas son más amplias y no dan a la calle directamente; tienen antejardines amurallados llamados "patios sevillanos".

Se entra a ellos por macizas puertas de catedral, de madera oscura y bisagras doradas, con aldabas caprichosas en forma de manos o cabezas de león. Por la tarde, cuando hace más fresco, los dueños de casa dejan la puerta interior abierta. Desde afuera uno admira los patios de azulejos, con sus muros cubiertos de buganvilla y filodendro, y no cuesta imaginarse al filósofo judío Maimónides, recién llegado de Córdoba, redactando su prueba de la existencia de Dios frente a la fuente central.

Al lado de Santa Cruz queda la iglesia gótica más grande del mundo, la catedral de Sevilla. Para construirla hubo que derribar la mezquita que allí se encontraba y, con el entusiasmo típico de la reconquista cristiana, los fundadores se propusieron edificar una iglesia tan grande que "el que la vea nos crea



• La Catedral de Sevilla vista desde un arco morisco en primer plano.



Sevilla, judíos, moros y cristianos



• Un "paso" o carro alegórico de Semana Santa en Sevilla, con la venerada figura de la Virgen.

locos". Tuvieron suerte. Cuando la empresa iba a medio camino, Rodrigo de Triana divisó aquellos islotes caribeños que habían de convertir brevemente a su Sevilla natal en la capital del mundo. Con el establecimiento de la Casa de Contratación, que controlaba todo el comercio con el Nuevo Mundo, el oro de la conquista americana logró financiar con creces los sueños de la reconquista andaluza.

Desde afuera, la catedral es tan grande y delicada que parece ser la enorme torta de cumpleaños de algún gigante refinado. En su interior, abundan los retablos platerescos, las estatuas con ropajes bordados en oro y los cuadros de Murillo.

En el transepto sur está la tumba de Cristóbal Colón, vigilada por cuatro figuras que representan los reinos de Navarra, Aragón, Castilla y León. Pero una gran iglesia gótica, ricamente decorada, se puede ver en cualquier ciudad de Europa. Y la tumba de Colón en Sevilla no es tampoco la única en que supuestamente yace el Almirante (sé de por lo menos otra más, en la isla de Santo Domingo). El rasgo inolvidable de la catedral de Sevilla es que conserva a modo de campanario libre sobre el plan la torre de la mezquita antigua. Y ahí están las dos, tan alta la torre como extensa la catedral, una vestida de arabescos y la otra alhajada de rosetas. Pero en verdad

no se trata de una pareja ecuménica: a la torre la remata la "Imagen de la Fe", una enorme estatua cristiana que gira con el viento y que le da al campanario el feliz nombre de La Giralda.

A la catedral entran, cargados por treinta y seis hombres, los "pasos" de la Semana Santa. Son carros alegóricos, que todos los años atraviesan medio Sevilla en la tradicional procesión desde sus respectivas parroquias. Detrás del paso van los penitentes encapuchados, algunos con cirios encendidos, otros con cruces al hombro o cadenas en los tobillos. El público que los acompaña va saludando amigos y comentando las escenas de los pasos, que se limitan a sólo dos temas. Uno es la Pasión de Cristo, con las tres cruces, Poncio Pilato, y tantos soldados romanos como puedan acarrear los cargadores.

El otro, el que acapara el efecto y devoción de los sevillanos, es la solitaria figura de la Virgen María, alba y enorme, con cirios a sus pies y rodeada de flores, vestida de túnica blanca y llorando lágrimas de perla por su hijo crucificado. Son todas muy queridas, pero la virgen predilecta es La Macarena, llamada así en honor a la gitana que le sirvió de modelo al escultor. Cuando pasa La Macarena por la calle Sierpes, el público que se aglomera en las aceras irrumpe en expresiones de fe y en piropos. De noche, nunca falta quien se asome al balcón a cantarle una "saeta". La canción, henchida de altibajos moriscos, reverbera contra los muros de la angosta calle, atraviesa las nubes de incienso, y se queda para siempre en el alma del que la ha escuchado.